

igual cosa de Francia? Esta observacion, cuya exactitud hemos tenido ocasion de verificar veinte veces, se aplica en general á todos los otros aspectos de la ciudad de los Pontífices!

### 11 DE FEBRERO.

Entrada de San Juan Ante Portam Latinam.— Columbarium de Pomponio Hylas.— De la familia Volusia.— Sepulcro de los Scipiones.— Cambio de la Cruz al Colisco.

Conociendo ya las obras de *caridad corporal* que Roma cristiana ha escalonado en todos los caminos de la vida, desde la cuna hasta la tumba, habiamos acabado la primera parte de nuestro itinerario. Antes de estudiar la *caridad intelectual y moral*, hicimos una posa largo tiempo deseada.

La capilla de San Juan Ante Portam Latinam fué el objeto de nuestra peregrinacion. Visitar el lugar consagrado por el martirio del apóstol mismo de la caridad, era, sin apartarnos de nuestro itinerario, repasar felizmente una laguna.

El viajero que viene del Coliseo por la vía de los Triunfos, se encuentra muy pronto en la vía Apiana. Esta última, tan célebre en la historia de la antigua Roma, está hoy limitada por un ancho embanquetado formado con bellos fragmentos de mármoles antiguos. Despues de haberla seguido hasta la altura de las Termas de Caracalla, volteamos á la izquierda y pusimos los piés en la vía Latina, que conduce á la puerta del mismo nombre; esta puerta ha sido cerrada por los franceses durante la ocupacion imperial. Al pisar este antiguo camino, ¿cómo no acordarse del discípulo muy amado que lo recorrió él mismo para ir al suplicio? Domiciano, sin respeto alguno á aquel venerable an-

ciano, le habia hecho conducir á Roma encadenado como un malhechor. Cuando estuvo á pocos pasos de la Puerta Latina fué azotado con varas, segun la costumbre romana, rasurado por ignominia y luego arrojado á una caldera de aceite hirviendo. Salió de ella sano y salvo, como los jóvenes hebreos salieron del horno de Babilonia; pero fué para hacer relegado á la isla de Pthamos, hasta que Nerva hubo abolido los sangrientos decretos de su bárbaro predecesor.

En el lugar mismo del martirio, uno de nuestros compatriotas, llamado Adan, auditor de Rota en el siglo décimosexto, mandó levantar una pequeña capilla en forma de rotonda, en la cual se conservan los instrumentos del martirio. En el interior se lee la inscripcion siguiente:

Martyrii palmam tulit hic athleta Joannes,  
Principii verbum cernere qui meruit.  
Verberat hic fuste pronconsul, forcipe tondet,  
Quem fervens oleum, lædere non valuit  
Conditur hic olium, dolium, cruor atque capilli.  
Quæ consecravit inclita Roma tibi.

“Aquí obtuvo la palma del martirio el atleta Juan, quien mereció distinguir el verbo del principio. Aquí le azota con varas el procónsul y le afeita con tenazas. Y el aceite hirviendo no pudo dañarle. Aquí se conserva el aceite, la caldera, la sangre y los cabellos, cosas que consagró la inclita Roma.”

Esta visita nos procuró un doble gusto. Desde luego nos fué dado orar al discípulo muy amado del Salvador, en el lugar mismo en que habia dado á su tierno Maestro una prueba tan brillante de su amor. Este es un delicioso placer, porque en el sepulcro de los mártires se ora mejor y hay algo que os dice que allí se recibe la oracion más fácilmente que en otra parte. Además, veia en aquella capilla un monumento de justo reconocimiento, y de

ello estaba yo orgulloso. A nosotros los secuanos nos ha venido la ley del Evangelio por San Juan; San Ireneo, su discípulo nos envió á Ferreol y á Fergueux, nuestros primeros misioneros.

Con el alma llena de estos buenos y dulces pensamientos, entramos á un jardín distante solo algunos pasos, para visitar un monumento de otro género. En la puerta de una escalera de caracol, que baja á un profundo subterráneo, se lee: *Columbarium libertorum domus Augusta*. Estábamos en el sepulcro de los libertos de Augusto. Cuando llegamos á la cámara mortuoria, *area*, que forma un cuadrilátero, miramos á la luz de nuestras antorchas, una gran cantidad de pequeños nichos, semejantes á nidos de paloma, *columbarium*, practicados en las cuatro paredes; estos pequeños nichos practicados en un pleno arco de bóveda, *arcuata*, pueden tener un pié y medio de altura y una latitud igual. En la base hay dos agujeros practicados en el interior de la pared y cada uno contiene una jarra de tierra cocida, *olla*, que encierra cenizas y despojos de huesos calcinados, segun la costumbre de los romanos. Una simple cubierta de tierra cocida, *operculum*, cierra la jarra ó urna funeraria. El nicho mismo está cerrado por una placa de tierra ó de mármol, sobre la cual se leen los nombres y las cualidades del muerto, *tituli*. En una de estas placas, colocada delante de un nicho no abierto todavía, están las dos inscripciones siguientes: la primera pertenece á una de aquellas numerosas esclavas empleadas en servir el tocador de las matronas romanas, y de Octavia, por consiguiente; la segunda es la del tesorero de la misma princesa. Ambas podrian servir de texto á un largo comentario, porque ellas revelan costumbres íntimas de la vida romana y ciertas condiciones de la esclavitud. 2

1 Hoy los del Franco Condado.—N. del T.  
2 Véase Pignorius, *de Servis*.

PESVÆ OCTAVIÆ  
CÆSARIS AVGVSTI F.  
ORNATRICI  
VIX ANN. XVIII.  
PHILETVS OCTAVIÆ  
CÆSARIS AVGVSTI F.  
ARGENTORATO. FECIT  
CONTVBERNALI SVÆ  
CARISSIMÆ ET SIBI.

En la bóveda del columbario están suspendidas dos lámparas de bronce de seis á siete brazos. Estaban provistas, segun se dice, de mechas de amianto, con el fin de estar ardiendo *siempre*. Por lo demas, la forma de estas lámparas es todavía muy comun en Roma; esta es una prueba entre mil, de la tenacidad de las costumbres populares. Sobre las paredes se ven algunas pinturas bien conservadas, que representan génios. Todo este espectáculo de muerte, en donde ningun pensamiento de inmortalidad viene á consolar vuestra alma, tiene cierto aspecto helado que *hace mal*. La visita al monumento del apóstol San Juan nos hizo esta impresion más viva; pero lo llegó á ser mucho más, cuando despues de haber atravesado una pequeña viña, llegamos al Columbarium de la familia Volusia, particularmente célebre en tiempo de Neron.

El aspecto grandioso del monumento anuncia que aquí descansan grandezas humanas reducidas á nada. Este columbarium puede tener 40 piés de altura, y forma un paralelogramo de cerca de 30 piés de longitud por 20 de latitud. La bóveda con pechinas descansa en un ancho pilar colocado en el centro. A consecuencia de los movimientos terrestres, la parte superior del columbarium no excede más que en 3 piés al nivel del suelo. Bajamos al subterráneo, en donde pudimos contar cerca de 500 nichos. Allí se presentan á los ojos y á la contemplacion del viajero mu-

chos nombres conocidos en la historia. En la parte más sólida del pilar central está en un nicho más grande que los demás, que contiene una hermosa urna de mármol blanco con estas palabras por inscripción:

NE TANGITO  
O MORTALIS  
REVERERE  
MANES DEOS.

“No me toques, ¡oh mortal! respeta á los dioses manes.”

Los arqueólogos pretenden que ella contiene las cenizas de un sacerdote de los ídolos. Siempre, aun los mismos paganos, colocan las cenizas de los muertos bajo el cuidado de los dioses; el respeto á los sepulcros es una ley de la humanidad y una lección útil á los vivos. No pudo ser leída grabada hace diez y ocho siglos y por una mano pagana, sin hacer más de una reflexión á propósito de nuestros contemporáneos. Olvidaba decir que el columbarium fué descubierto hasta hace pocos años, circunstancia que explica la perfecta conservación del monumento y la frescura de las pinturas que lo adornan.

Todas las viñas inmediatas son verdaderas minas de Columbarios. Ellas deben este privilegio á la cercanía de la vía Apiana, punto de reunión general de los sepulcros de la antigua Roma. Así, basta solo cavar para encontrar piedras monumentales, bajos-relieves, lámparas, utensilios, despojos de tocados y otros muchos objetos interesantes. Vimos, entre otros, un magnífico sarcófago de mármol de un trabajo exquisito y bien conservado, en el cual está representada una batalla de los Romanos contra los Galos; se reconocen nuestros abuelos en los rodetes ó collares que les rodean el cuello.

Como estábamos en disposición de visitar á los muertos, nos dirigimos hácia la

vía Apiana y á pocos momentos llegamos al sepulcro de los Scipiones. Este célebre monumento fué descubierto en 1780. Tenía dos pisos; el primero estaba cavado profundamente; ya casi nada queda del segundo, adornado con medias columnas de mármol y con nichos destinados á las estatuas de los miembros de la familia. Bajamos, armados de antorchas, al piso inferior, por un camino tortuoso, recientemente cavado. El primer sepulcro que encontramos es el de Publio Cornelio Scipion, *flamen dialis* (gran sacerdote de Júpiter); la inscripción da fe de ello. Miramos también los del vencedor de España, y de Lúcio Cornelio Scipion, hijo de Scipion el Asiático. Todos los sarcófagos estaban colocados á la entrada; pero no se parecen en nada á nuestros *loculi* de las catacumbas, aunque la raza *Cornelia* haya conservado hasta Sylla la costumbre excepcional de no quemar á los muertos. ¡Tumbas en ruinas! ¡hé ahí á la ilustre familia, madre de tantos grandes hombres que durante muchos siglos llenaron la tierra con el ruido de tu nombre, hé ahí todo lo que queda de tí! Vanidad de gloria que el cristianismo no ha inmortalizado consagrándola.

Cuando volvimos á la vía de los triunfos, un nuevo contraste nos esperaba en el Coliseo. Un gran número de elegantes carruajes estaban parados alrededor de los vastos pórticos; habían llevado á un gran número de nobles peregrinos. Era viérnes y sonaban las tres de la tarde; se andaba el Camino de la Cruz. ¡El Camino de la Cruz en el Coliseo! ¿Concebís algo más solemne y más tierno? Sí; allí, en el centro de aquella arena tantas veces ensangrentada, está una gran cruz, levantada sobre su pedestal de piedra; alrededor del *podium*, contra el cual chocaron haciéndose pedazos tantas desgraciadas víctimas de la barbarie romana, están las estaciones

del Camino de la Cruz. ¡La Cruz por todas partes, solo la Cruz en pie en el Coliseo! En aquella tierra empapada hasta una gran profundidad con la sangre de los mártires, había una multitud piadosa, sin distinción de clases ni de sexos, arrodillada, recogida, que caminaba suavemente derramando lágrimas y oraciones, siguiendo á una gran cruz de madera, llevada por un pobre religioso de San Francisco, que iba con los pies descalzos y el cuerpo cubierto con un hábito grosero. Las vastas graderías, que resonaron tantas veces con los rugidos de los leones, los gemidos de los moribundos, con gritos desesperados y con los aplausos de un pueblo entero sediento de sangre, hoy resuenan con aquellas dulces y fraternales palabras reperidas en comun por hombres de todas naciones: *Padre nuestro, que estás en los cielos*: la oración del amor en el lugar mismo en que el paganismo había querido ahogarle en la sangre de los mártires; ¡oh! en verdad este es un contraste, un espectáculo, á cuyo precio el viajero á Roma no será nunca demasiado caro.

## 12 DE FEBRERO.

Miseria intelectual.—Caridad romana con los ignorantes.—Escuelas regionarias.—Su disciplina.—Su número.—Escuelas gratuitas.—San José de Galazans.—Origen de su obra.—Sus desarrollos.—Otras escuelas particulares para los jóvenes.—Las Doctrinarias.—Los hermanos de las escuelas cristianas.

El tiempo estaba soberbio y nos convidaba á salir. Nos aprovechamos de él para recomprender nuestra visita á Roma caritativa. Sobre las miserias físicas, la enfermedad, la pobreza y la muerte, están las miserias de la inteligencia y del corazón. La ignorancia y el error, las pasiones y sus tristes resultados, tales son los males

que atormentan al hombre en la parte más noble de sí mismo; había llegado ya el momento de buscar lo que hace Roma para prevenirlos y repararlos. La ignorancia se disipa con la instrucción. Ahora, cualesquiera que sean su fortuna y su condición, el joven romano encuentra en los umbrales de la vida fuentes abundantes en las cuales puede ver la verdad; nosotros quisimos visitar algunas de ellas.

Sin salir del cuartel, vimos delante de una casa de buena apariencia un rótulo de madera pintada con grandes caracteres; esto indicaba que allí había una escuela *regionaria*. Las escuelas regionarias son llamadas así, porque en otro tiempo había una de ellas en cada cuartel ó region. La falta completa de documentos no permite determinar su origen; muchos historiadores las refieren á las antiguas escuelas establecidas por el Senado romano. Como quiera que sea, las escuelas regionarias, aunque destinadas á los niños del pueblo, no han sido nunca enteramente gratuitas; hoy todavía no lo son. El maestro recibe de cada alumno una retribución mensual, que varía de cuatro á diez paolos (2 á 5 francos). Allí se enseña la doctrina cristiana, la lectura, la escritura, los elementos de las lenguas italiana y francesa, la aritmética, los principios de la geografía y de la historia sagrada y profana. El maestro debe, además, tener un libro de urbanidad que instruya sobre las buenas maneras, y que ha de leer á los niños una vez por semana. Se admiten los alumnos desde cinco años cumplidos, con tal que no tengan alguna enfermedad asquerosa ó contagiosa. Las clases duran tres horas por la mañana y tres horas por la tarde, comienzan y acaban con una oración, y en la mañana van los niños á misa á alguna iglesia inmediata.

Hace veinticinco años que el número de escuelas regionarias se ha aumentado con

siderablemente; hoy se cuentan cincuenta y cinco en Roma; y si no existiera en el reglamento un artículo que exige que entre las escuelas haya una distancia de cinco varas arquitectónicas, el número de ellas sería ciertamente considerable. 1 Todas están colocadas en la ciudad bajo la dependencia del cardenal vicario, y en todas partes bajo la de los obispos. Una comisión, compuesta de eclesiásticos distinguidos, vigila directamente las escuelas y las visita frecuentemente. Ella examina los candidatos y los aprueba como maestros, dándoles una autorización que se renueva cada año; distribuye los premios á los alumnos y se reúne una vez por semana para discutir los negocios relativos á la instrucción primaria. A esta comisión está confiada la elección de los libros y todo lo que mira á las escuelas, bajo el aspecto literario y disciplinar. 2

Hasta mediados del siglo último, las funciones de maestro eran desempeñadas por extranjeros, pues los romanos miraban esto como inferior á su dignidad. ¿No se diría que todos han leído el Virgilio y que su papel es siempre el de mandar á las naciones? Hoy no se desdeñan ya de consagrarse á aquellas funciones porque, en efecto, son nobles, muy caritativas y dignas de respeto; por otra parte, la solicitud pontifical asegura el porvenir de los que á ellas se dedican. Hay una contribución mensual de tres paolos, que se ponen en una caja de previsión, á la cual agrega el tesoro público otros diez escudos y forma un fondo de depósito y de subvención para los enfermos y para aquellos á quien un accidente obliga á suspender sus lecciones. Además, dos maestros suplentes, pagados por el Estado, desempeñan en el *interim* á los profesores que no dan sus clases por enfermedad.

1 Constanzi, t. 1, p. 158—160.

2 Morich., p. 217.

Existen también escuelas regionarias para las niñas en todos los cuarteles de Roma. Están servidas por maestras que se sujetan á los reglamentos de que acabamos de hablar. Estas escuelas son generalmente muy numerosas. Unas y otras han conservado su carácter municipal, es decir, que son enteramente gratuitas. En fin, la religión abre á los pobres escuelas públicas, sin exigirles ninguna retribución; en este punto Roma ha dado también el primer ejemplo de esa caridad superior; data del pontificado de Clemente VIII, hácia fines del siglo décimosexto.

En 1592 llegaba á Roma José Calazans. Nació en el reino de Aragón, y reunía á la ciencia de los doctores, la humildad de los santos y el noble entusiasmo por el bien de que daba tan felices ejemplos su compatriota Ignacio de Loyola. Su profunda ciencia hizo que le nombraran lectoral por el cardenal Marco-Antonio Calonne; pero el brillo de sus importantes funciones era para él un motivo de buscar con más ardor las obras oscuras. Entró á la Archicofradía de los Santos Apóstoles, que distribuye limosna á los indigentes. En el ejercicio de esta caridad, se apercibió de que la ignorancia era la madre fecunda del vicio y de la miseria. Su corazón se hacía pedazos al ver una multitud de niños abandonados en las calles por la descuidada complicitad de sus padres, que pasaban los días enteros de vagabundos, con el pretexto de mendigar su pan. La enseñanza del catecismo, renovada solamente todos los domingos en las parroquias, no podía fructificar toda la semana; por otra parte, Roma no tenía en aquella época otros maestros que los regionarios, muy escasamente retribuidos por el Senado. José les suplicó que acogiesen en sus escuelas á aquellos desgraciados niños; pero ellos se negaron si no se les aumentaba el salario. Este tierno amigo de

los niños tocó sucesivamente á todas las puertas; en todas partes fué despedido bajo pretextos más ó menos plausibles.

Viendo inutilizados sus esfuerzos, resolvió él mismo emprender la realización de sus deseos. En el mes de Noviembre de 1597, fundó la primera escuela pública gratuita en Santa Dorotea *in Trastevere*; eligió este cuartel porque de todos los de Roma, en éste se hacía sentir más vivamente la necesidad de la instrucción. El digno cura de la parroquia, Antonio Brendoni, puso á su disposición dos salas y se asoció él mismo á su generosa empresa. Poco después, otros dos buenos sacerdotes se unieron á los fundadores, y la escuela contó muy pronto algunos centenares de alumnos. Siendo la instrucción de los pobres una obra, sobre todo, de piedad, San José dió á su institución el nombre de *Escuelas Pías*. Se puso, pues, á enseñar á los niños el catecismo, la lectura, la escritura, la aritmética; á la enseñanza añadía el santo fundador la provisión de los libros y de todos los demás objetos que por su pobreza no hubieran podido procurarse aquellos queridos niños.

Muy pronto las escuelas piadosas pasaron al palacio Vestri, cerca de la iglesia de San Andrés *delle Valle*. Allí nació una sociedad de sacerdotes maestros, y San José recibió el título de prefecto de las *Escuelas Pías*. La pobreza, María y la infancia; estas tres palabras penetraron el alma y atrajeron bendiciones y abundantes socorros á los hombres desinteresados que las adoptaban como divisa. Añadid que por un rasgo de caridad, muy digno de un santo, José admitía hasta los niños de los judíos y muchas veces se le oyó en sus predicaciones hablar energicamente contra las costumbres del populacho romano que perseguía con sus insultos á aquellos pequeños desgraciados á causa de su religión. Clemente VIII aprobó la nueva

congregación, que llegó á ser una orden regular con los tres votos ordinarios y además el de la consagración á la enseñanza.

El santo se dedicaba, sobre todo, á educar á los niños bajo el imperio de una sabia disciplina; los religiosos (Scolopii) observan todavía el mismo método. Reciben gratuitamente á los niños de todas condiciones, desde la edad de siete años, y les dan tres horas de lección por la mañana y otras tantas por la tarde. Los alumnos van á misa todos los días, rezan oraciones al empezar y al acabar sus clases; se reúnen aun en domingo en sus salas, para entregarse á diversos ejercicios religiosos, entre otros para rezar el oficio de la Santísima Virgen. Cada año, al acercarse la Pascua, se dan á todos aquellos niños los ejercicios del retiro. 1 Cuántas veces hemos visto al pasar delante de San Pantaleón, á la hora de cerrarse las clases, á los buenos religiosos, fieles al ejemplo de su padre, llevar á los niños hasta sus casas. A la salida se forman los niños en hilera y se dirigen de dos en dos hácia los diferentes cuarteles de Roma; las filas se disminuyen poco á poco, á medida que llegan á sus habitaciones respectivas. Así se evita el alboroto, el desorden y los accidentes, que no dejarían de suceder entre aquella multitud de niños abandonados á sí mismos. Las escuelas de San Pantaleón reúnen, á la enseñanza elemental, la instrucción superior y aun los elementos de la gramática latina.

Gloríese la Francia, porque puede hacerlo con derecho, de sus escuelas cristianas; pero como hija respetuosa, ceda aquí el paso á su madre. Roma tiene sobre ella, como sobre todas las demás Iglesias, la gloriosa ventaja de haber sido la primera en abrir escuelas gratuitas para los hijos del pueblo. Un sacerdote es el que, luchando con valor contra todos los obs-

1 Constanzi, t. 1, p. 145.—6

táculos, ha dejado al mundo este bello ejemplo; y la religion puede decir que la enseñanza de los pobres le pertenece por derecho de nacimiento y por derecho de conquista. Es una doble injusticia querer arrebatárselo; pero hay tambien un doble castigo y una doble desgracia; no deseo ser profeta.

Siguiendo los pasos de José de Calazans, acudieron santos sacerdotes y virtuosos legos, celosos de participar de los penosos trabajos y de las eternas recompensas del generoso amigo de la infancia. En 1727, Benedicto XIII dió á los pobres doctrinarios, hijos del venerable César de Bus, la antigua iglesia de Santa María *in Monticelli*. Veinticinco años ántes, en 1702, habia venido M. de la Salle con aquellos religiosos á trabajar en la misma viña. Los buenos hermanos abrieron su primera escuela cerca de la plaza *Barberini*; la segunda en la Trinidad de los Montes, que habitan hoy todavía. En 1793, Pio VI les dió otra cerca de San Salvador *in Lauro*; en fin, Leon XII les suministró un cuarto establecimiento cerca de la Madona de los Montes, bajo el título de *San Antonio de Pádua*.

El temor de ser demasiado largo me hace pasar en silencio otros recursos ofrecidos á los hijos del pueblo para disipar su ignorancia, primera miseria espiritual de los hijos de Adán. Seria neceserio, por otra parte, volver sobre la mayor parte de las instituciones ya visitadas, en las cuales reciben el niño y el pobre el pan del cuerpo y el pan del alma.

### 13 DE FEBRERO.

Visita á las escuelas de niñas.—Fundacion de la B. Angela de Merici.—Escuelas pontificales.—Escuelas de piadosas maestras.—Otros establecimientos.—Observaciones.—Resúmen.

Aunque hoy fuera domingo y víspera de nuestra salida para Nápoles, tuvimos

tiempo de visitar nuestras escuelas. Sabiamos lo que Roma hace en favor de los niños pobres; nos quedaba por ver los cuidados que con maternal solicitud prodiga á las niñas. Los numerosos conservatorios ya mencionados, parece que nos dispensarán de nuevos pormenores; todos los recursos de la caridad mas ingeniosa se encuentran allí como agotados; poco diremos por eso. Las escuelas de San José, despues de Roma, se extendieron muy pronto á toda la Italia, pero solo se ocupaban de los niños; habia que ocuparse tambien de las niñas. Ellas, muy débiles todavía y por eso mismo expuestas á más peligros, debian atraer la atencion particular de la Iglesia y convertirse en objeto de su activa solicitud; en este punto están tambien de acuerdo los hechos con la lógica.

Mucho tiempo ántes de San José de Calazans habia nacido en Desenzano, en el lago de Guardia, la bien aventurada Angela de Merici. Esta Santa vírgen, cuya memoria se venera particularmente en Roma, vino á esta ciudad á fundar en 1537 una institucion destinada á la instruccion gratuita de las niñas pobres. La enseñanza de la escritura se reservó solo para las alumnas que se proponian abrazar la vida monástica; á las demas se las enseñaba solamente el catecismo, la lectura y trabajos de mano; este era un primer paso. En el siglo siguiente, en 1655, se abrió en Roma la primera escuela gratuita para las niñas pobres, segun el plan de las escuelas piadosas de San José; fué debida á la generosidad del papa Alejandro VII. Consolada por el buen éxito que obtuvo, estableció el inteligente Pontífice escuelas semejantes en todos los cuarteles de Roma. La limosnería apostólica se encargó, como se encarga todavía, de todos los gastos. De aquí el nombre tambien merecido de *Escuelas Pontificales* (*Scuole pontificie*) que tie-

nen todavía. Visitamos otras muchas, y á la verdad que no encuentro nada que pudieran reprocharlas nuestros inspectores universitarios. Es verdad que allí no se enseña ni la mitología, ni la astronomía, ni otras ciencias útiles del mismo género; todo se limita á la enseñanza de la religion, á la lectura, á la escritura, al cálculo y á las obras de manos. 1

Lo que habiamos visto en las escuelas pontificias, lo volvimos á encontrar en la casa de las Maestras obreras piadosas (*Maestre pie operarie*). Esta orden nacida en Montefiascone, vino á establecerse en Roma bajo el pontificado de Clemente XII; la limosnería apostólica provee á sus necesidades. La gran escuela, y por decirlo así, la escuela matriz, está en Santa Agata *di Monti*; allí reside la superiora general, que es elegida cada tres años y dirige á toda la comunidad con su consejo, compuesto de tres asistentas. Desde allí se mandan las maestras necesarias á las diferentes escuelas de la caridad y aun de las ciudades vecinas, las cuales reciben gratuitamente á todas las niñas pobres de edad de cinco años que habiten en el cuartel. Las clases duran seis horas al dia y los objetos de la enseñanza son los mismos que en las otras escuelas. Observamos allí el tierno cuidado con que se forman los jóvenes corazones en la práctica de la religion. Así, además de un catecismo muy claro, se les enseñan las disposiciones necesarias para los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía; la práctica de las virtudes cristianas; la devccion á la Santísima Vírgen y al Angel de la Guarda; la modestia en todo, y sobre todo en las calles y en la Iglesia. No me admiro de la aprobacion dada por los papas á esta útil congregacion; 2 ella cuenta en Ro-

1 Constanzi, t. 1, p. 27, 29 y 156.

2 Véase la bula: *Experientia rerum omnium magistra*, de Clemente XII, 8 de Setiembre de 1769.

ma siete escuelas que reciben á mil niñas.

Al lado de estos piadosos establecimientos, florecen las escuelas *parroquiales*, establecidas en casi todas las parroquias de Roma y que tienen el mismo objeto. Vienen tambien las de las *Señoras del Sagrado Corazon*, en la Trinidad de los Montes y en Santa Rufina *in Trastevere*; de *San Pascual*; de las religiosas del *Amor Divino*, de las maestras piadosas de *Jesus*, de las cuales unas dan la enseñanza elemental á los niños pobres, mientras otras educan á las niñas en las clases superiores.

A vista de estos numerosos establecimientos, se presentaron á nuestro espíritu dos observaciones; desde luego la fecha de las primeras. ¡Al empezar el siglo decimosexto, en la época en que el protestantismo venia á arrojar á la faz de la Iglesia romana el reproche de oscurantismo, Roma abria gratuitamente al pueblo las primeras escuelas públicas de la Europa! Ella no temia, pues, la luz; ella no temia, sobre todo, como la acusaban los jefes de la Reforma, que sus hijos aprendiesen á leer, aun la Biblia, supuesto que en Italia fué donde apareció la primera traduccion de la Escritura en lengua vulgar. Despues Roma, que fué la que dió el movimiento hace tres siglos, ha seguido marchando; y yo no sé si hay alguna capital que pueda rivalizar con ella en la vía del progreso. ¡Para una poblacion de 170,000 almas cuenta Roma hoy 374 escuelas primarias, dirigidas por 484 maestros y á las cuales asisten más de 14,000 niños! Para un millon de habitantes, Paris no contaba el 1.º de Julio de 1844, más que con 24,137 alumnos en las escuelas populares. Además de las escuelas regionarias, que han llegado á ser 55, se han fundado muchas salas de asilos, se han abierto nuevas escuelas parroquiales y se han erigido con

el mismo objeto otras cinco ó seis instituciones. En este número no están comprendidas las escuelas primarias, llamadas *Abusivas*, porque han sido formadas sin autorizacion y que cuentan á lo ménos 20 maestros y 300 alumnos <sup>1</sup>. Tales son en compendio los medios que Roma emplea para disipar la ignorancia en las clases inferiores de la sociedad: así es como la madre de las iglesias responde todavía hoy á los que se atreven á acusarla de ser estacionaria, retrógrada y enemiga de las luces. El Apolinario, la Universidad, el Colegio romano, nos enseñarán más tarde lo que hace para la instruccion de las clases altas.

Pero no basta disipar la ignorancia; para mantener el alma humana en su estado normal es necesario tambien preservarla del error, y sobre todo del error en materia de religion, que es el más funesto de todos. El espíritu más ilustrado puede ser atacado de ese cólera-mórbus, de que parece estar impregnada la atmósfera de la Europa actual y que mata el corazón después de haber alterado la virginidad de la inteligencia. A fin de alejarlo de sus fronteras, no hay medio que Roma deje de prescribir. Sus aduanas visitan con un cuidado riguroso todas las obras que vienen de fuera; la congregacion del Index vela noche y día para detener su propagacion y para señalarlas al horror público hiriéndolas con anatema. En Roma no puede publicarse ninguna obra sin haber sido sometida al exámen de los maestros de la doctrina; los grabados, las piezas musicales y de teatro son especialmente vigiladas. Por temor de que los espectáculos, aun los permitidos, perjudiquen á los graves pensamientos que deben formar el fondo de la inteligencia cristiana, cesan las representaciones en las épocas y en los días consagrados al recogimiento y á la oracion;

<sup>1</sup> Morich., p. 217.

tales como el Adviento, la Cuaresma, los viérnes de cada semana y los domingos.

#### 14 DE FEBRERO.

Salida para Nápoles.—Albano.—Recuerdos de San Buenaventura.—La Polazzola.—Ruinas de Alba-la-Longa.—Monte Cavo.—Lago de Albano.—Las Nymfeas.—El Emisario.—Castel-Gandolfo.—Pretendidos sepulcros de Ascanio y de los Curácios.—Horacio y San Pablo.—Aricia.—Ganzano.—Lago Nemi.—Ciudad Lavinia.

A las siete de la mañana, con un frío penetrante, dejábamos el palacio Conti en un ancho coche de ocho lugares; todos estaban ocupados por amigos nuestros. Era una caravana francesa, es decir, jocosa y ligera que partía para Nápoles. Salimos de Roma por la antigua puerta *Caelimontana*, hoy de San Juan, y muy pronto tratamos en la vía Apiana. Esta vía, reina de todas las otras, (*regina viarum*) <sup>1</sup>, se extendía, como ya he dicho, desde Roma hasta Brindes, y cada piedra de ella parece tener una boca para llamar algún gran recuerdo. Se ven pasar por allí, después de los señores del mundo material, los Césares y sus legiones triunfantes, á Pedro y Pablo, vencedores de los Césares y de sus ejércitos; luego á los cristianos de Roma que iban delante del Apóstol que desembarcó en Pouzzola; en fin, aquellas antiguas losas parecen todavía señaladas con manchas de sangre que repiten los combates y los triunfos que contemplaron de todo un pueblo de mártires. Todos estos grandes recuerdos imprimen yo no sé que majestad á la soledad y á las ruinas que los rodean. Aquí se muestra el campo romano tal vez más que en otras partes, solitario, accidentado, removido, cavado y cubierto de antiguos despojos. Como com-

<sup>1</sup> Stat. Sylv., II, V. 12; Mart., IX, 104.

plemento del cuadro, el inmenso acueducto de Claudio, surca la vasta llanura, levantando hasta las nubes sus gigantescos arcos, por los cuales pasan las aguas del Latium, traídas en tributo á la ciudad eterna.

A eso de las diez llegamos á Albano. Esta es una pequeña ciudad de 5,000 almas, edificada al extremo del desierto, no lejos de las ruinas de *Alba-la-Longa*. Después de una modesta colacion en el *hotel de Ville-de-Paris*, nos dirigimos á la iglesia principal, llamada *Santa Maria de la Rotonda*. El pórtico está adornado con bellos adornos de mármol, en que están esculpidas hojas de acanto, tomadas de algún antiguo edificio. El interior presenta pocas riquezas artísticas; pero no obstante, el viajero cristiano debe visitar la catedral de Albano. Ella recuerda un nombre, cuyo dulce y glorioso recuerdo no podría olvidarse.

En el siglo décimotercio vivían en la Universidad de Paris, de la cual forman inmortal auréola, dos ilustres amigos, cuyas virtudes les han colocado en los altares del mundo católico, y cuyo talento ha sido puesto en primer rango entre los doctores. La maravillosa penetracion de su espíritu le valió al uno el título de doctor *angélico*; el de doctor *seráfico* fué adquirido por el otro á causa de la deslumbradora unción de sus escritos. Hijos espirituales de dos padres igualmente ilustres, Domingo y Francisco, siguieron con gloria sosteniendo la Iglesia de Dios, en cuyo socorro habían sido enviados ellos, sus padres y sus hermanos. Ambos tomaron la doctrina en el mismo libro: el Crucifijo; y por una rara felicidad para el viajero cristiano, su recuerdo señala de trecho en trecho el camino que conduce de Roma á Nápoles por Terracina. ¿Necesito nombrarles? San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino ¿no son conocidos por todos?

El primerc, humilde hijo de San Francisco, casado como su padre con esa gloriosa princesa que se llama la pobreza angélica, trataba en vano de ocultar bajo el tosco sayal el brillo que nacía de su talento y de su virtud. El ojo penetrante del vicario de Jesucristo descubre el escondido tesoro, y por una orden suprema hace salir la luz de la oscuridad. Buenaventura, oculto en Paris, recibe al mismo tiempo el capelo de cardenal y su nombramiento de obispo suburbicario de Albano, con orden de aceptar, y parte para Italia. Gregorio X sale á su encuentro y le da por sí mismo la unción episcopal. Es bien conocida la vida del nuevo príncipe de la Iglesia, y su muerte no ménos bella que su vida. Habiéndose enfermado durante la época média del concilio general de Lyon, en donde había contribuido más que cualquier otro á la union del Oriente y del Occidente, tuvo todavía fuerzas para asistir á la abjuracion del gran concilio de Constantinopla, su noble conquista; y se puede decir de él lo que se ha dicho de Turenne, que murió sepultado en su triunfo. Las iglesias y las calles de Albano nos recordaban una palabra consoladora del gran obispo. Entre los religiosos de su orden había uno llamado Egidio, que tenía una gran veneracion al ilustre y santo doctor. Un día Egidio, con la sencillez de un niño, daba vueltas al rededor del santo, deseando dirigirle una pregunta, pero sin saber cómo formularla; ¡tan tonto así se vuelve el que pretende tener talento! Por fin, agotando todos los recursos de su ingénio, le dijo: «Hermano mio Buenaventura: Dios os ha dado grandes gracias á vosotros los sabies; pero nosotros, los ignorantes, ¿qué haremos para salvarnos!» El santo respondió: «Aun cuando nuestro Señor no hubiera dado á los hombres más que su amor, esto bastaría.»—¿Un ignorante puede amar á Dios